

¿No es esto bueno? Admiro al autor, quienquiera que pueda ser: no creo que sea Newman, porque la canción es anterior á él; quizá sea el obispo Wilberforce.

La carta siguiente está en un tono grave como convenía al corresponsal de una señorita que tenía que pasar ya tan sólo dos años en los salones de la escuela.

Octubre 14 de 1851.

Querida Margarita: Me dices cuánto te gusta el *María Estuardo*, de Schiller. No es una de mis obras favoritas; la coloco la cuarta entre las mejores del mismo autor, de este modo: *Wallenstein*, *Guillermo Tell*, *Don Carlos*, *María Estuardo*, la *Doncella de Orleans*. Después de un gran intervalo coloco *La Novia de Mesina*; y después de ésta, y á una gran distancia, *Fieschi*. *Intriga y Amor* jamás conseguí terminarla. *Los Bandidos* son un mero delirio de muchacho de la escuela, indigno de una crítica seria, pero que no está desprovisto de algunos detalles de vigor mental, y que necesita leerse con mucha atención y estudio. Pero aunque no pongo á *María Estuardo* en el lugar más alto entre las obras de Schiller, creo que la escena en *Fotheringay*, en el quinto acto, iguala á cualquier otra de las mejores que él ha escrito, realmente igual á lo mejor que en obras dramáticas se haya producido en Europa desde Shakespeare. Tengo esperanza de que sentirás la verdad y belleza admirables de aquella parte de la obra.

No puedo convenir contigo en admirar á *Sintram*. Hay una edad en que estamos dispuestos á pensar que cualquier cosa rara y extravagante es grande. A esa

edad somos dominados por oradores tales como Irving, por pintores como Fuseli, por juguetes como *Los Bandidos*, y novelas como *Sintram*. Vienen después tiempos mejores, cuando damos todos los mamarrachos de Fuseli por unos niñitos de Reynol y todos los diálogos de *Sintram* con la muerte y el diablo por un discurso de Mrs. Norris ó miss Bates. Dime, no obstante, como de pasada y verdaderamente lo que tú piensas de *Sintram*.

Ayer he visto una descripción mía en un escrito de Nueva York. Dice el autor que soy un hombre corpulento, con ojos castaños; que siempre me paseo con un paraguas, que algunas veces sacudo contra el suelo; que como generalmente en el café de Trafalgar, donde una vez me ha visto romper una botella, pero que yo no dije nada para no avergonzarme de mi torpeza, y pedí mi cuenta con tanta tranquilidad como si nada hubiese sucedido. No me acuerdo de tal acontecimiento, pero si tuvo lugar, no creo que me privara del dominio de mí mismo. Esta es la fama y la ventaja de figurar en el mundo.

Esta ha sido la última semana de la gran Exposición, y me da pena recordar nuestros muchos y muy felices paseos por allí. Mañana iré á la ceremonia final y trataré de oír la acción de gracias del obispo de Londres, á la que me uniré cordialmente. Este será recordado durante mucho tiempo como un año feliz, de paz, abundancia, buenas esperanzas, placeres inocentes y gloria nacional de la clase mejor y más pura.

He mandado buscar un *Schiller* para ti; está en poder del encuadernador, y espero que esté listo antes de tu vuelta.

Siempre tuyo,

T. B. MACAULAY.



Su estilo poético, no menos que el epistolar, estaba cuidadosamente adaptado á la edad y entendimiento de aquellos á quienes se dirigía. Algunas de sus obras en verso son casi modelos de lírica de nodriza. De cinco á diez estancias de longitud, cada palabra cuidadosamente comenzada con letras mayúsculas—del modo que más se acomoda á la vista de su lector que no está muy seguro en las letras pequeñas—son realmente poemas para niños y no aspiran á ser más. No contienen ninguno de estos golpes de sátira y alusiones á los principios y personajes del día, mediante los que los autores de lo que ahora se llama literatura juvenil, tan frecuentemente llegan á probar que son malos para cualquier otra cosa mejor que la tarea que han emprendido. Pero esta verdadera ausencia de pretensiones, que es el mérito especial de estos juguetes, los hace indignos de ocupar un lugar en un libro consagrado á lectores que ya no están creciendo. Habrá, sin embargo, pocas gentes pequeñas de tres á cinco años que no tengan cuidado de oír como

Había una vez cierta delicada niñita,  
Con una cara de rosa muy fina  
Ella siempre decía «Padre nuestro»,  
Y ella siempre decía su gracia.

y consideren como el premio de su buen proceder militar á los que

Llevaban las morenas patatas,  
Y picada ternera, tierna y caliente  
Y un buen pudding de pan  
Todo humeante en la marmita.

Y aún habrá muchos menos que sean indiferentes á la suerte que cupo á dos muchachos que hablaban en la iglesia, cuando

El Pertiguero cogió su buen palo grande,  
Más grueso que el pulgar del tío,  
¡Oh, qué miedo les dió á aquellos muchachos  
Ver el Pertiguero venir!  
Y aquellos fueron arrojados de la iglesia  
Y fueron vigorosamente apaleados:  
Y aquellos dos perversos y malvados muchachos  
Fueron gritando por la calle.

Todas estas rimas escritas ó improvisadas le valieron el crédito de poeta juicioso. La gravedad que con él sostenía la ilusión inocente fué demasiado para los niños, más de una mitad de los cuales creían en la existencia de un escritor cuyos trabajos buscaban en vano por las librerías; aunque su fe era debilitada de cuando en cuando por la casi milagrosa aparición de una cita en la circunstancia más inesperada.

El día de San Valentín le pidieron sus sobrinos la anual contribución de versos, no obstante creerlas él de demasiada edad para cuidarse de versos que él consideraba que estaban al mismo nivel que los del campanero, pero que ciertamente eran tan buenos y probablemente mejores que muchos del estilo pastoral que se han escrito durante las dos últimas centurias.

La ternura con que Macaulay miraba los niños, está casi emparentada con aquella del gran escritor á quien debemos la muerte del pequeño Pablo, y la reunión de los muchachos de la escuela y su madre en el capítulo VIII del *David Copperfield*. «¿Ha visto usted el primer capítulo de *Dombey*?» escribía Macaulay. «No hay mucho en él, pero hay un pasaje que me hace gritar como si se me rompiese el corazón. Es la descripción de una niña que ha perdido una madre cariñosa, y es inhumanamente tratada por todo el mundo.



Imágenes de tal naturaleza casi me dominan, aun cuando el artista sea menos diestro que Dickens.» A decir verdad, la extrema sensibilidad de Macaulay para todo lo que se refiriese al sentimiento de piedad, fuese en el arte ó en la naturaleza, fué una causa no pequeña de incomodidades para él (1). Le conmovían tanto la representación de las escenas aflictivas que iba de muy mala gana al teatro, porque durante su estancia en Cambridge había entretenido una apasionada aunque sobresaliente tontería (2). Yo recuerdo bien cómo durante la ejecución de *Caras y Caretas*, las desgracias de aquel desgraciado autor y su pobre familia, viviendo en una guardilla de Grub Street, destruyó enteramente el placer que de otra manera habría disfrutado con la admirable representación de Mrs. Stirling. Y era afectado más difícilmente por las lágrimas que nacían de lo sublime que por las que procedían de lo melancólico y patético. En Agosto de 1851 escribía desde Malvern á su sobrina Margarita: «He concluido la *Iliada* hoy. No la había vuelto á leer desde el final del año 1837, cuando estaba en Calcuta, y cuando me llamabas con tanta frecuencia fuera de mi estudio para enseñarme tus pinturas y dar de comer al cuervo. Jamás he admirado tanto mis antiguos compañeros ni me conmovieron tanto. ¡Qué

(1) Abril 17, 1858. En el *Times* de esta mañana venía la relación del suicidio de una pobre muchacha que ha destrozado completamente mi corazón. No puedo desechar esto de mi pensamiento, y comienzo á gritar cuando pienso en ello.»

(2) Yo recuerdo haber oído á Macaulay describir la admiración y delicia con que, durante unas largas vacaciones pasadas en la universidad, vió la primera representación ejecutada por una compañía volante en el Barnwell Theatre.—«¿No había usted ido á ninguna representación de muchacho? preguntó alguno que estaba presente.—No, dijo él. Según la estrechez de secta de nuestra religión, yo había sido criado como un fariseo.

puede compararse á este privilegio del genio! Leo los últimos cinco libros durante mi paseo de hoy, y al fin me veo obligado á meterme por una senda, por miedo á que los paseantes pudieran verme llorar por entes imaginarios, creaciones de un hacedor de cantares, muerto hace dos mil setenta años. ¿Qué son el poder y la gloria de Alejandro al lado de esto? Puede asegurarse que los habitantes de Monomotapa lloraran sobre escritos de un Anno Domini 4551!»

Macaulay estaba tan exento de egoísmo y exigía tan pocas deferencias y atenciones de aquellos con quienes vivía, que los jóvenes que estaban á su alrededor se hallaban en una ilusión que es muy agradable deshacer ahora. Se pasó mucho tiempo, pero mucho tiempo, antes que nosotros descubriéramos que el mundo se ocupaba mucho de un hombre que pensaba tan poco en sí mismo. Recuerdo haber dicho á mis compañeros de escuela, que tenía un tío que había publicado una *Historia de Inglaterra* en dos volúmenes, cada uno de los cuales contenía 650 páginas; pero jamás cruzó por mi imaginación que pudiera tener nada de particular que le distinguiese si no era su tamaño. Conforme pasaban los años, me parecía extraño y poco natural oírles hablar de él como de un gran hombre; y nosotros lentamente y casi á la fuerza despertamos á la convicción de que el «tío Tom» era más listo y de mejor carácter que sus vecinos.

Entre otros gustos que tenía Macaulay en común con los niños, era una gran avidez por ver vistas y cosas de lejanos países.—Qué dice usted, preguntaba á Mr. Ellis, de una visita al Museo chino? Es de lo más interesante y curioso que yo conozco. Si á usted le gusta el plan, yo le llamaré á las cuatro. ¿O quiere usted llamarme á mí? Yo estaré á mitad de camino



entre el Temple y la admiración del Imperio celestial. Otra vez añadía: Tratamos al Clifton Zoo con demasiado desdén. Yo holgazaneo allí y encuentro que aquello vale más de los seis peniques que me cuesta el entretenimiento. Después del almuerzo voy á la torre, escribe él en su diario de 1839. «He hallado grandes cambios. Los animales salvajes han desaparecido todos. El Jardín Zoológico se ha reducido á tener patios empedrados y jaulas estrechas y oscuras completamente fuera de moda. Yo me alegro por los tigres y leopardos.»

Nunca era tan feliz como cuando podía emplear una tarde en buscar sus sobrinos de ambos sexos y llevárselos por los alrededores de Londres; hasta que, para usar su expresión favorita, hasta que no pudiesen arrastrar una pierna tras de otra. Muchas veces nos hacía recorrer el paseo que él daba dos veces por semana. En estas ocasiones nos llevaba á Londres, dándonos una suntuosa comida al mediodía, en la que todas aquellas cosas que nos gustaban más estaban acompañadas de ostras, caviar y aceitunas, algunas de cuyas delicadezas hacía poner invariablemente con el único objeto de vernoslas rechazar con desdén y disgusto. Otras nos llevaba en verano á ver los osos y leones y en invierno al panorama de Waterlloo, al Coliseum en Regenti Park, ó á gozar con el delicioso terror que nos inspiraba la Cámara de los Horrores de Mad. Tusand. Cuando las exhibiciones más atractivas se habían agotado por visitas demasiado frecuentes, animaba con sus chanzas no reprimidas la triste limpieza y arreglo de la politécnica ó nos llevaba por los elevados corredores del Museo británico haciendo vivir las estatuas y hablar los bustos con el espíritu y calor de sus innumerables anécdotas para-

fraseadas de las páginas de Plutarco y Suetonio. Una de estas expediciones está descrita en una carta á mi madre en Enero de 1845. «Fanni ha traído á Jorge y Margarita, con Carlos Cropper, á Albani, ayer á la una. Les di algo de comer: ave, jamón, tuétano de hueso, torta, helado, aceitunas y champagne. Yo hallaba dificultad en encontrar algún sitio donde llevar á los niños. Los llevé al cabo á la galería nacional y estuve excesivamente entretenido con los aires de inteligentes que se daban Carlos y Margarita, y con el cansancio honestamente declarado de Jorge.» «Déjanos ir, aquí no hay nada que me importe.» Y cuando los puse en el coche, dijo medio regañando:—«Yo no llamo á esto ver cosas bonitas; hoy no he visto nada que me guste. Muchos hombres que han gastado treinta mil libras en pinturas, si dijieran la verdad, reconocerían que les importa tan poco el arte como al pobre Jorge.»

Regularmente cada Pascua de Resurrección, cuando la clausura de las oficinas públicas libraban á mi padre de la Tesorería por unos breves días de fiesta, Macaulay llevaba á nuestra familia á hacer una corta expedición por las ciudades que tienen catedral, variando la excursión con la visita de las universidades que había en el camino. La emprendíamos el Jueves Santo; empleábamos el Viernes Santo en una ciudad y el Sábado de Resurrección en otra, y regresábamos á nuestra casa el lunes. Este año eran Gloucester y Worcester, el siguiente York, Lincoln y en otros sucesivos Lichfield y Chester, Nouwich y Peter Forough, Ely y Cambridge, Salisbury y Winchester. Ahora y entonces la rutina se interrumpía con una vuelta á París ó á las grande iglesias del Loire; así es que en el transcurso de veinte años hemos inspeccionado por lo



menos una vez todas las catedrales de Inglaterra ó para decir verdad de Inglaterra y Gales, porque nosotros llevábamos nuestras investigaciones en cuanto á la arquitectura eclesiástica hasta Bangor. «Nuestra partida llena exactamente un coche del ferrocarril—dice lady Trevelyan—y la jornada se lleva á cabo en muy buen estado de espíritu. Es un recuerdo á los antiguos tiempos; una brillante serie de bromas, versos, chistes, que no cesan jamás. Esto tiene una particularidad, y es que nunca se llega uno á cansar en el viaje. Como empleamos el día viendo y haciendo, no sentimos ganas de quedarnos quietos, y á él le gusta hallar á sus compañeros dispuestos á entretenerse hasta lo último.»

Cualquiera que lea la relación de Norwick y Bristol en el tercer capítulo, ó la del colegio de la Magdalena en el octavo, de la Historia, puede formarse idea de los méritos de Macaulay como guía en una vieja capital de provincia inglesa. Pasear con él alrededor de las murallas de York, ó á través del Rows de Chester; contemplar las torres de Lichfield desde el lugar donde lord Brook recibió su herida mortal, ó Durham desde el borde de la colina, detrás de la Cruz de Neville; oírle un discurso sobre Monmouth y el obispo Ken, bajo la bóveda del vestíbulo de Longlea, ó dar rienda suelta á todas las fantasías ó reminiscencias, políticas personales é históricas que conspiran para impeler al pasado Viejo Sarum á Stonehenge, fueron privilegios que un niño no puede apreciar, que el más culto de los escolares puede envidiar.

Cuando volvíamos á la fonda por la tarde, había sólo un cambio de placeres. Frecuentemente nos traducía á nuestra elección trozos escogidos de escritores griegos, latinos, italianos ó españoles, con un vigor

de lenguaje y vivacidad de acción que comunicaba á su versión repentina no pequeña parte del aire y encanto del original. Algunas veces leía de las obras de Sterne, Smollet ó Fielding aquellas escenas que podían escuchar las señoras, pero que ellas no podían aventurarse á elegir por sí mismas. Y cuando habíamos oído bastante del sitio de Cartagena en Roderico Random, ó de la muerte del teniente Le Fevre en *Tristram Shandy* pasaba á recitar versos ó ensartar rimas, ó nos divertía con algún juego inventado para la ocasión, haciendo demanda á su prodigiosa memoria. De estos juegos quedan sólo algunas trazas. Una de sus sobrinas, poco dispuesta á realizar el futuro de los individuos de su sexo, había expresado su sentimiento de no poder nunca ir á sufrir exámenes en un colegio. Macaulay al instante se ofreció con placer á hacer un programa de cuestiones acerca de la divinidad, cuyo contenido ofrece una curiosa prueba de cómo los aspectos más brillantes del sectarismo inglés estaban siempre presentes en su pensamiento. La primera de las tres cuestiones era como sigue:

«Y esto es ley; Yo deseo conservar  
Hasta el día de mi muerte, Señor  
Que cualquier rey reinará  
Yo veré el Vicario de Brax, Señor.»  
«Entonces lea la epístola de Pablo,  
Vuestro débil Arminian  
No podáis hallar un pasaje  
Para sostener vuestra opinión.»  
«Cuando los mozos de los pueblos tan alegremente ¡ah!  
Tocan sus panderos, yo te conduzco lejos.  
Y en verdad, en verdad, en verdad, ¡ah!  
Tú y yo deseamos ser los primeros en la multitud.»

¿A qué sectas pertenecen las tres personas que ex-



presan sus sentimientos en los tres pasajes acabados de citar? ¿Hay en el tercer pasaje alguna variación con respecto á lo que se acostumbra en la secta á que se hace referencia? ¿Cuál de aquellas tres sectas prefieres? ¿Cuál de las tres guarda estrecha semejanza con el Papado? ¿Dónde está Bray? ¿A través de qué reinos se extiende la vida política del Vicario de Bray?

2. Definanse las palabras «saltador», «temblador», «pedante».

3. Trasladar el pasaje siguiente á dialecto cuáquero: «Sir Eduardo Ryan y usted almorzarán conmigo el viernes, 11 de Diciembre.»

De igual manera que otros hombres que juegan con su voluntad y que trabajan con su propósito, Macaulay era muy cauto de la distinción entre trabajo y juego. No llevó nunca á cabo las ocupaciones de su vida por esfuerzos irregulares ó en los dichosos momentos de una febril inspiración. Las gentes han discutido y aún pueden seguir discutiendo si su fama es ó no merecida; pero no hay nadie que habiendo escrito libros pueda dudar que de todos modos consiguió su fin. Tómense al azar—dice Tacqueray—tres páginas cualesquiera de los *Ensayos* ó de la *Historia*, y cualquier lector observador percibe debajo de la corriente de la narración una, dos, tres, una media veintena de alusiones ú otros hechos históricos, caracteres, literatura, poesía, que le son familiares á aquel lector. Un vecino de aquél, que tiene su lectura propia y su pequeño capital de literatura ordenada en su mente, encuentra nuevos puntos, alusiones, toques felices, indicaciones, que le hacen á su vez admirar no tan sólo la prodigiosa memoria y vasta lectura de su maestro, sino también la admirable actividad y el honesto y humilde trabajo previo de aquel gran estudiante. Ha leído veinte libros para es-

cribir una sentencia; recorre un ciento de millas para hacer una descripción.

Que esta alabanza, aunque elevada, no fué excesiva, está ampliamente demostrado por aquella parte de los escritos de Macaulay que se refieren al periodo en que tenía su historia en curso de preparación. La justicia exige que, aun á riesgo de parecer pesado, se dé una muestra del escrupuloso cuidado y gran energía con que él practicaba sus investigaciones.

Julio 17, 1848.

Querido Ellis: Muchas gracias por su benevolencia. Le ruego haga conocer al doctor Hook, cuando tenga usted una oportunidad, cuán obligado le estoy (1). Los datos que me ha proporcionado (me apesadumbra decirlo), no son de tal exactitud que yo pueda usarlos, pero usted no necesita decirselo. Estoy convencido de que ha padecido alguna equivocación; porque él me envía una parte de los entierros en Leeds en 1685, y con todo, el número es doble que el de los entierros de Manchester en el mismo año. Si las reglas ordinarias de cálculo se aplican á estos datos, hallamos que Leeds debía en 1685 haber contenido 16.000 almas ó cosa así. Ahora, al comienzo de la guerra americana, Leeds contenía sólo 16.000, según consta de una carta del mismo doctor Hook. Nadie puede suponer que allí no hubiera aumento de población desde 1685 á 1775. Por otra parte, ni York ni Exeter contenían 16.000 habitantes en 1685, y nadie que conozca el estado de las cosas en aquel tiempo puede creer que Leeds fuese una ciudad más grande que York y Exeter. Por tanto, se

(1) Mr. Ellis era registrador de Leeds y el doctor Hook su sustituto.